

Práctica estética de la vida cotidiana

Ignacio Rabia Tovar*

Entre los múltiples y enmarañados problemas que aquejan a la ciudad de México, hablaré sobre un tema que parece insignificante ya que no trata de los grandes problemas económicos o políticos, sino de los aspectos de la estética en la vida cotidiana de los habitantes de esta urbe.

Hasta hace poco tiempo pensaba que la vida cotidiana formaba parte de historias modestas que confluyen y alimentan a la gran historia, pero entender el problema de la vida cotidiana es comprender el sentido y el significado que damos a los lugares y a las prácticas cotidianas, esto también concierne a la estética, pues está vinculada con la identidad y al modo en que percibimos nuestra realidad en términos sensibles.

*Maestro en Arte Urbano, profesor de la ESIA-Tecamachalco.

A través de la estética, el hombre globalizado moderno busca dar sentido a su vida cotidiana como articuladora cultural colectiva, pues ésta le permite reproducir la vida material de manera particular y sincrética, para así, explicar sus actos y dar un orden psicosocial a su vida interna o sistema interno, de manera simbólica. Es decir, que el habitante de la ciudad expresa su rebeldía en rituales tolerados, tales como el baile, la música y los carnavales, entre otros, mismos que le permiten identificarse consigo mismo y con su entorno. Es cierto que la vida cotidiana comporta una enorme dosis de utilidad y eficacia, sin embargo con esto no basta, para la gente es también importante expresar su interioridad a partir de la estética; no le basta hacer la comida, sino que además tiene que adornar la ensalada; no le es suficiente transmitir un mensaje, sino que le tiene que poner su propio matiz simbólico en el que están implícitas diversas causas emotivas, las cuales pueden reflejar angustia, tristeza, soledad, envidia o bien, esperanza, todo ello a partir de la intercomunicación de valores compartidos y aprendidos. Existe un arte cotidiano,¹ que se esfuerza en producir, no utensilios, sino formas, que bien pueden considerarse como prioritarias con respecto a las bellas artes (Fernández 2000, 82). Hay pintura cotidiana (maquillaje), algo así como pintar retratos sobre un rostro, tatuajes en ojos, cejas, labios y hasta en el cuerpo. En la calle hay rótulos, anuncios, propaganda, graffitis, murales y casas pintadas de diferentes colores, existe la escultura cotidiana: los adornos de la casa. Últimamente tenemos también esculturas corporales, en donde cada uno es el escultor y curador de su propio cuerpo, el cual se modela en talleres llamados gimnasios, piscinas, masajes, dietas, cirugías y *aerobics*. En la calle existen altares, ador-



Cotidianeidad en la ciudad de México. Foto: Verónica Guzmán Gutiérrez.

nos que cuelgan de los cables de luz, follaje con diversas imágenes: redondos, cuadrados, en forma de animales (arte ecológico).

La arquitectura cotidiana o doméstica consiste en hacer emocionalmente habitable un espacio, distribuye los lugares mediante la colocación de mobiliario; en la calle, la gente adapta lugares para estar, circular, vender, esperar el camión, para vivir, recrearse e interactuar en los distintos sistemas sociales.

La literatura cotidiana conocida con el nombre de conversación, chisme o cotorreo, despliega largos argumentos y narraciones por el gusto de la forma, que como toda experiencia estética, nunca aburren. Además de la literatura oral, está la escrita: cartas, mensajes pegados en el refrigerador, *e-mail*, listas de compras; en la calle: listas de menús, propaganda para conciertos y bailes.

"La danza cotidiana se llama baile, pero también lo es caminar, recargarse y está constituida por todas las posturas y movimientos corporales, como cualquier danza, cuya belleza no puede dejar de ser notada por cualquier observador ocioso, modos de caminar, acompañados de las telas de los vestidos, del efecto de la prisa, del vaivén, de la bolsa, la mochila, que hacen del transeúnte un modelo y de la acera una pasarela de ritmos diversos, según sea la hora, de ir a trabajar o de regreso con el más pausado y elegante paso de todos los bailarines cotidianos, arrastrando la cobija" (Fernández, 2000, 88).

En el teatro cotidiano se incluye todo: guiones, ensayos, vestuario, proscenios, escenografías y puestas en escenas, al parecer es una de las artes más completas y gozosas, en él se representa la obra de la buena educación, de la gravedad o la seriedad de las circunstancias y la importancia entre los oficinistas y gerentes. Bien visto, el teatro incluye gran parte de las artes cotidianas.

Las festividades hogareñas y otras irrepetibles actuaciones son grabadas en video. Existen artes aplicadas, según se puede ver con las bolsas de plástico del supermercado transformadas en basureros, porta-documentos, porta-comidas; también está el diseño gráfico en los letreros: "no hay paso", algunos de ellos peculiares por su portentosa creatividad ortográfica.

Las artes que no son aceptadas como tales debido a clasificaciones escolásticas, en la cotidianidad sí se aprueban: gastronomía, perfumería, coquetería. La tela y el vestuario transformados en "moda" es una de las preocupaciones más profundas de la superficialidad contemporánea. Maffesoli afirma que "la estética se ha difractado en el conjunto de la existencia. Ya nada queda indemne. Ha contaminado la política, el consumo y por supuesto la vida cotidiana" (1990:45).

La moda se asume cotidianamente como "expresión de la personalidad" (equiparable a la "expresión artística"), como medio de pertenencia o impertinencia a grupos, movimientos políticos y culturales, como indicador etario (de la edad o de la pretensión de la edad).



Movimiento y letargo, componentes de las urbes. Foto: Deyanira Lucero.

Para un observador un objeto se convierte en algo artístico, sucede que el objeto lo atrapa y forma parte de él. Desde el punto de vista estético de la realidad, el lugar del observador se encuentra dentro del objeto, esto ha sido denominado experiencia estética (cfr. Tararkiewics, 1992). Lo cierto es que esto sucede menos en los museos que en la calle; la gente a menudo sufre trances cuando se adentra en los objetos los cuales frecuentemente están acompañados por música popular y/o baile; primero, la música envuelve a los participantes, luego los atraviesa, entra por los oídos o los recorre para instalarse en los músculos y nervios, hasta que es inevitable moverse a su ritmo; el escucha está dentro.

La conversación es otro ejemplo, de la misma forma que uno se introduce en la música y ésta lo conduce por doquier, así la gente está disuelta en la sociedad y en la ciudad; se mueve según sus propios ritmos y normas, de modo tal, que la lógica sólo sirve para justificar los movimientos, pero no para alterarlos; se podría decir que no hay observadores, sino personas que se funden en el objeto.

Un objeto estético existe cuando hay alguien dentro de él que palpa su dureza, calibra su color, se mueve por sus huecos y finalmente se fusiona en él, es decir que se llega a la sensibilidad; por ello la definición de un objeto forma parte de la presencia de un observador. Lo anterior puede llegar a la siguiente conclusión: los objetos están vivos: uno mismo, los demás, la ciudad está viva, la calle. El observador estético asume, sin preguntarse, que todas las cosas están dotadas de vida, esto es lo que se denomina animismo, y todo el panorama de la historia mundial de la cultura, al parecer el cientifismo de la modernidad, ha negado al animismo, aunque sin mucho éxito. Cualquier epistemología reanima al científico, y éste a su vez, hace de la ciencia (el saber y el conocimiento) una criatura palpitante (Fernández, 2000, 92).

Las artes que no son aceptadas como tales, en la cotidianidad, sí se aprueban.

Las prácticas estéticas se realizan como intercambio o comunicación simbólica, es allí donde se entrecruzan diferentes mensajes, los cuales generan comportamientos diversos al exterior y al interior, prácticas comunes. Los enunciados se comparten en la comunicación estética como cargas vitales, energías, actividades, conceptos, sentimientos y sensaciones (Mandoki, 1994, 95).

Estas prácticas estéticas moldean flujos y ritmos entrecruzados: nacionales-internacionales, hegemónicos-subalternos, populares-elitistas, masivos-exclusivos y globales-regionales, los cuales alcanzan su mayor expresión en las ciudades, y es precisamente allí donde se conjugan diferentes elementos sociales que permiten desarrollar propuestas coincidentes, o bien, alternativas a la realidad ya sea construida o bien por construirse, es decir, que resulta ser un proceso inacabado y en constante reelaboración pues contiene diferentes cargas simbólicas.

Los elementos de identidad urbana tienen como ejes la identidad propia, la ciudad y el espacio público. La identidad urbana es el conjunto de componentes diferenciados, integrados e interrelacionados que permiten el reconocimiento y la pertenencia del actor social con respecto a un determinado grupo, familia, pueblo o colonia. En este sentido, existe una identidad compartida, característica de un grupo con respecto a otros, así como una identidad singular incluyente del individuo, hacia él mismo y hacia el grupo de pertenencia, se reconocen como iguales o semejantes pero diferentes a otros individuos o grupos sociales, por lo tanto son excluyentes (Auge, 1997, 57).

La ciudad es una compleja obra de elaboración humana en la que históricamente han intervenido diversas generaciones, las cuales han construido su hábitat. Esta definición nos acerca a la noción de la megalópolis,² la cual se ubica en la etapa (reciente) en la que una gran concentración urbana se entretreje con ciudades próximas y a su vez se unen en una red de asentamientos interconectados. Cuando se afirma que la ciudad de México es varias ciudades, esta aseveración alude a la dificultad de abarcar su diseminación territorial y a la hetero-

geneidad que existe entre barrios residenciales, zonas industriales, administrativas, comerciales y universitarias, tanto antiguas como modernas, así como otros sitios (Canclini, 1988, 18). Pero también se refiere a las diferentes formas de integración y diferenciación de los barrios, colonias y delegaciones que la componen y permiten observar una trama de relaciones complejas en donde confluyen la vida cotidiana, la identidad y la cultura.

Al observar los elementos de identidad en el espacio público de las ciudades, es necesario tomar como referencia el sistema de representaciones (Melucci, 1996) sociales y culturales de la realidad, las cuales generan símbolos que son apropiados de forma colectiva o individual (Giddens, 1991). Al identificar este sistema de representaciones simbólicas, es posible constatar distintas perturbaciones tanto en lo cultural como en la vida urbana según las características sociales de las zonas que se pretenden comparar, al describir las experiencias estéticas de los habitantes y compararlas entre sí, se puede entender la calle como un elemento de la estructura urbana donde se representan o manifiestan factores de identidad, es decir, que se llega al espacio público. Dentro de éste se encuentra la calle, en ella se expresa el proceso de globalización, el cual se observa en las diferentes manifestaciones visuales y simbólicas que impactan la conciencia y el proceder de los actores sociales que en ella interactúan. Algunas de las formas de vivir la calle es la moda, el consumo conspicuo, la infinidad de anuncios transculturales, los diferentes escaparates en otro idioma, la proxiemia y el simbolismo que nos da el viajar en el metro con alto grado de significación de la modernidad; las diferentes formas de relacionarse a través de la música, el arte, los sentimientos y las vivencias de otras latitudes como referencias propias de nuestra integración a la globalidad. De igual forma, el uso desmedido de la pérdida de tiempo frente a un televisor el cual nos muestra los acontecimientos en las calles, día tras día, hora tras hora, conforman diferentes instancias en el observarnos y sentirnos como partícipes de los acontecimientos, es decir, contemplamos las referencias de vida cotidiana que se dan en el influjo de la calle.

El hecho estético, expresado en la calle, como el sentido de la vida, se concreta en la cotidianeidad de los diferentes sectores sociales que la generan y es uno de los referentes inmediatos para comprender la identidad. Si la cultura y la estética son considerados como elementos que definen la condición humana, el hilo conductor de una apreciación estética en el entorno ciudadano debe ser la perspectiva de la intercomunicación que lleve a los seres individuales, inmersos en sus ámbitos doméstico-familiares, hacia el reencuentro con la colectividad, con el sujeto social configurado por sus semejantes dentro de la lógica de las so-



Foto: Francisco Javier Salazar Mata.

ciudades modernas que tienden a fragmentar y enajenar. Por lo tanto, la calle también constituye el primer eslabón de la cadena de comunicación, la cual puede romper con el aislamiento y la enajenación de los individuos. Es decir, la estética de la cultura urbana de la calle constituye, en síntesis, las formas de arraigo y los modos de resolver problemas vitales que crean condiciones para el desarrollo de la identidad cultural del colectivo.

Las distintas expresiones de la estética de la calle se enmarcan en el arraigo³ de los espacios definidos en los sistemas de identidad cultural. Todo núcleo humano ubica las posibilidades de su particular expresión; consecuentemente, la estética es lo que "humaniza al hombre", y por lo mismo no se puede prescindir de ésta. Las ciudades deben considerarse como lenguajes, sintaxis expresivas contrastantes de las identidades culturales de sus habitantes. Es evidente que toda manifestación humana deviene de la relación-apropiación del hombre y su entorno inmediato: el hombre crea y recrea el espacio donde vive y genera en los habitantes un sentimiento de arraigo al espacio que les rodea: topofilia (Olea, 1978,67)☉

Notas:

¹ Limitar el estudio de la estética al arte es una actitud ya inaceptable. Hay una manera de contemplar la vida psicológica del mismo modo que a la naturaleza exterior a la cual uno tiene derecho de llamar estética. Hay un punto de vista estético, una vida estética (Segond, 1927:12)

² El concepto de megalópolis hace referencia a la integración de otras ciudades que comparten un mismo espacio, perdiendo sus límites e integrándose recíprocamente por las diversas actividades económicas y de mercado existentes.

³ Definimos el arraigo como el estar ahí, el ser ahí, el identificarse solidaria y simbólicamente con el medio social construido, conviviendo e interactuando con éste.

Bibliografía:

Abbagnano, N. (1961). *Diccionario de Filosofía*. FCE. México, 1983.
 Baldwin, J.M. Ed. (1913). *History of psychology. "A Sketch and Interpretation"*. Watts&Co. Vol. 2, Londres.
 Dieterich, Heinz (2000). *Identidad nacional y globalización, crisis en las ciencias sociales*. Ed. Nuestro Tiempo. México.
 Fernández Ch., Pablo (2000). *La efectividad colectiva*. Ed. Taurus. México. *El espíritu de la calle, Psicología política de la cultura cotidiana*. Universidad de Guadalajara.
 Langer, Susanne K. (1953). *Sentimientos y forma*. Ed. UNAM. México, 1967.
 Lobeto, Claudio (1966). *Ciudades*. "Estudios socioculturales sobre el espacio urbano". Ed. Nuevos Tiempos. Buenos Aires.
 Olea, Oscar (1980). *Arte urbano*. Ed. UNAM. México. *La práctica artística y la práctica estética de la vida cotidiana en la ciudad*. Ed.

UNAM Instituto de Investigaciones Estéticas. México.

Maffesoli, M. (1990). *Au Creux des Apparences. Pour une Ethique de l'Esthétique*. Paris, Plon.

Mandoky Katy (1994). *Prosaica*. "Introducción a la estética de lo cotidiano". Ed. Grijalbo. México.

Marshall, Berman (1999). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. "La experiencia de la modernidad". Ed. Siglo XXI, 11ª edición. España.

Augé, Marc (1993) *Los no lugares. Espacios de anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona.

Segond, J. (1927). *L'Esthétique du sentiment*. Paris, Boivin et Co Haptonomie. *Science de l'Affectivité*. Paris Presses Universitaires de France.



Foto: Ignacio Rabia Tovar.